

**DISCURSO DEL DR. RAMON ESCOVAR SALOM, INDIVIDUO DE NÚMERO  
DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES  
EN EL HOMENAJE QUE LAS ACADEMIAS NACIONAL DE LA HISTORIA  
Y DE CIENCIAS POLITICAS SOCIALES LE RINDEN A LA MEMORIA  
DEL DR. JOVITO VILLALBA A CIEN AÑOS DE SU NACIMIENTO**

**Ramón Escovar Salom**

Señores Presidentes de las Academias Nacional de la Historia y de la Academia de Ciencias Políticas y sociales. Señoras y señores académicos; Hijos y familiares del Dr. Jovito Villalba, Señoras, señores.

Este hombre es culpable por no haber sido Presidente de Venezuela. Este hombre es culpable de no haber alcanzado el poder. Este hombre es culpable por no haber ejercido nunca otro instrumento de acción que la palabra.

Este a quien aludo es un venezolano nacido en 1908, en el nororiente de América del Sur, en Pampatar, pequeña villa de aire señorial en la Isla de Margarita.

Este hombre llevaba la decencia por dentro y era descendiente de una familia honorable por temperamento, sin riqueza material que exhibir, pero con amplia casa solariega que mostrar, muchos recuerdos para evocar frente al mar, en la vecindad de la plaza contertuliana, buena para los desahogos de la soledad y el higiénico uso de la maledicencia, medio de comunicación y de terapia colectiva en la distancia de los centros donde se decide la suerte del mundo o del país donde se vive.

Se llamó Jovito Villalba y su enorme presencia está aquí hoy con nosotros. Jovito Villalba no era solo un hombre. Era, por si mismo, una multitud. Las aceras y las calles de la Caracas de los años cuarenta lo veían pasar. Andaba con frecuencia a pie y a su alrededor necesariamente había mucha gente. Esta disfrutaba en tutearlo, se sentían prójimo. A todos los despedía diciéndoles:

tenemos que hablar. Parecía como que siempre quedaba pendiente un tema, un encuentro, que el diálogo no era solo para un día. El “tenemos que hablar” era una convocatoria, el próximo paso de un programa. Así con frecuencia alguna gente podría pensar: Jóvito me toma en cuenta y a lo mejor tiene un proyecto en el que yo puedo estar incluido. Pero en el ánimo de Jóvito no había nada de eso, era parte de su enorme torrente vital, de su frescura humana, de ese caudal que no pudo ser represado en cinco años de prisión en el castillo de Puerto de Cabello, con grillos en los pies, la tortura más simbólica de las dictaduras de Castro y Gómez, pero se conservó limpio, se lo había metido en el alma el aire de Pampatar.

Cuando digo que Jóvito Villalba era una multitud no exagero. Lo presencié en los años cuarenta. Por eso pudo ser el capitán natural de la primera gran manifestación popular de la democracia venezolana en el siglo XX: el 14 de febrero de de 1936.

El proceso de democratización que se inicia a la muerte de Gómez hubiese sido detenido o frustrado sino se interpone el 14 de febrero. El nuevo Presidente, el General Eleazar López Contreras, estaba sometido a muy fuertes presiones, para que no se debilitara el control autoritario. El gomecismo era muy fuerte y el régimen naciente estaba rodeado de peligros.

Cuando el Presidente corre el riesgo de debilitarse y de ceder ante la presión autoritaria, se interpone la multitud representada en una manifestación civil, integrada por venezolanos de todas las clases. Ya la mujer empezaba a participar en política y por eso el hecho sin precedentes adquiere relieve.

La gente que integraba la movilización no tenía otro factor de unificación espiritual que no fuera oponerse a un nuevo despotismo. Ese es el mensaje de que es portador el capitán de la multitud. Ese es el mandato. Hecho simple en

aparición pero poderoso en esencia porque el Presidente no podría desconocer su contenido y porque el acontecimiento también podría más bien fortalecerlo y ayudarlo a equilibrar los otros factores.

Ese acontecimiento histórico tuvo un líder: Jóvito Villalba. Él es el hombre del 14 de febrero.

Pero allí mismo la intriga y la mezquindad comienzan su tarea: ¿Por qué no tomó el poder ese día Jóvito Villalba? Si prácticamente de repente todo el poder estaba en la calle y el titular sentimental y político del movimiento era Jóvito Villalba? ¿Por qué aquel joven predicador de la libertad, de 28 años, no fue más lejos y se interpuso sobre el Presidente, los mandos militares del gomecismo y la parafernalia tradicional?

Cuando la envidia comienza a doler en una parte del cuerpo tiene facilidad para extenderse. Puede doler como una muela enferma, según escribió Alfonso Reyes. Eso pasó con el 14 de febrero. Sus objetivos eran las garantías democráticas, cambios en los procedimientos policiales y punto final a la aspiración de retorno del gomecismo. El Presidente ganó en el juego pero eso era parte de lo que se buscaba: debilitar el gomecismo y despejar la calle para el ejercicio de la ciudadanía.

El 14 de febrero es una jornada germinal en que el aire del siglo XX sopló sobre las calles y reaparecieron de repente los ideales aurales de 1810.

Jamás se olvidó la jornada y no hay historia contemporánea sin ella.

El 14 de febrero fue un movimiento de todas las clases sociales. La manifestación, presidida por el Rector de la Universidad Central de Venezuela, el respetable hombre de ciencia doctor Francisco Antonio Rísquez reunió a todo, lo

que podría ser parte activa de una sociedad incipiente: profesionales, comerciantes, empresarios de las finanzas, representación social, obreros, empleados, estudiantes ,médicos, abogados ,ingenieros. Era el pueblo de Caracas que repudiaba activamente las dictaduras o el regreso a una de sus prácticas.

Fue un referéndum que le permitió al Presidente moverse hacia un ejercicio más liberal. Pero no liquidó del todo el profundo fondo reaccionario que animaba al centro del poder, donde el gomecismo estaba intacto. No puede negarse al Presidente López Contreras la habilidad para moverse entre esas aguas y que lograra prevalecer la interpretación más liberal posible.

Había un hecho cierto y favorable en todas estas circunstancias: la palabra “pueblo” reapareció en la conciencia nacional. El pueblo como tal ha sido más importante que lo que algunos historiadores han reconocido. A lo largo del siglo XIX el pueblo está presente aún en las más precarias condiciones. Lo invoca, por primera vez, el periódico EL Venezolano en 1840. Y lo hace suyo el partido liberal, fundado igualmente en 1840. Por eso e cuento en mis memorias que expresé una vez que Acción Democrática, el partido más grande de la historia de Venezuela, no fue fundada en 1941 sino en 1840. También refiero que a Rómulo Betancourt le gustó la observación- Y era que Betancourt tenía un gran sentido de la historia.

La democracia venezolana es un sentimiento nacional que fue creciendo desde el siglo XIX, se sumergió bajo la sombra de los despotismos, pero siempre estuvo allí. Lo fue amasando el pueblo pues desde 1810 su inspiración mas constante fue la libertad. En los años de la democracia representativa de la segunda mitad del siglo veinte, la idea de libertad se fortaleció. Pero no se olvide que la transición del gomecismo a la democracia no hubiese podido darse sin su existencia. Por eso no puede hablarse de que nadie sea el padre de la democracia. La democracia no tiene un padre si no muchos y esos son junto con

las madres el pueblo venezolano en su conjunto. La idea de un padre es un concepto autoritario.

Venezuela en el siglo XX se encuentra con el petróleo. Cuando revienta el primer chorro entramos en el siglo XX porque nos asociamos a las relaciones de producción internacional y la dinámica del poder petrolero que es poder mundial. Por lo tanto aunque no lo supiéramos nos interconectamos con mecanismos de poder no tradicionales y una nueva tecnología estaba presente y era la nueva actora de la economía. ¿Es eso el siglo XIX? La luz eléctrica, el teléfono y la refrigeración eran actores del siglo XX. Respeto mucho las opiniones que han sustentando que Venezuela entró en el siglo XX en 1936, a la muerte de Gómez. Nuestro querido e ilustre Mariano Picón Salas fue el primero que escribió sobre esto. El Académico Manuel Caballero también ha comentado el asunto. Es cierto que en 1936 adquirimos más conciencia de la política y de las relaciones de poder del siglo XX. ¿Pero y los estudiantes de 1928 no se rebelaron contra el despotismo invocando los valores libertarios del siglo XX?

1936 fue un año de despertar en el mundo. El nazismo estaba identificado como lo que fue. Al comunismo se le habían comenzado a ver sus costuras totalitarias y se inicia la guerra civil española que sacudió la conciencia de todo el mundo hispano. Todo eso multiplicó para los venezolanos la facultad de ver y de sentir. El año 36 fue un tiempo de despertar, de intuiciones, de nuevas curiosidades. Pero el siglo veinte esta con nosotros desde que desaparecen las guerras civiles, brota el petróleo, la luz eléctrica y automóviles a sesenta kilómetros por hora nos trasladan de un lado a otro y la luz eléctrica acaba con los fantasmas, el cine nos excita y la nevera nos cambia la temperatura de las cosas y todo eso es anterior a 1930.

Jóvito Villalba es el hombre de 1936. Vuelve a serlo en 1952, cuando su mensaje congrega la votación que le gana las elecciones en 1952 al dictador Pérez Jiménez.

Entre 1941 y 1945 se concentra en la acción parlamentaria. Y es famosa su participación en la gran jornada democrática por hacer incompatibles las funciones legislativas y ejecutivas. En los congresos tradicionales los senadores y diputados ocupaban todo el año o seis meses posiciones en el gobierno. En el mes de abril se separaban por tres meses y asistían al parlamento. Su dependencia del ejecutivo era absoluta. La lucha por la incompatibilidad de estas funciones fue una gran controversia política en que terminó triunfando la incompatibilidad. Villalba fue uno de los protagonistas. La institucionalización de la democracia iba en ascenso.

El ambiente parlamentario en los gobiernos anteriores a 1945 era muy diferente al que conocimos después de los grandes partidos. Sin embargo había debate y la calidad de las argumentaciones jurídicas era respetable. No eran parlamentos en el pleno sentido político pero no carecieron de la temperatura política propia de una democracia incipiente pero con fuerte vocación de ascenso.

Dónde Jóvito Villalba mostró mejor su mentalidad fue en la Comisión que redactó la constitución de 1961. Sus observaciones eran prudentes, de larga visión, conciliatorias. Lástima que allí no se aprobó la proposición que hicimos Arturo Uslar Pietri y yo para establecer el principio de la no reelección absoluta. La tragedia de la constitución de 1961 fue no haber enfrentado este problema como lo hicieron los mejicanos. La reelección contribuyó con la corrupción y a la destrucción de los partidos. Eliminando la ventilación del sistema político, la renovación de los liderazgos el sistema se fue muriendo y quedó listo para la aventura. En 1998 y aún antes no quedaba poder democrático organizado.

Venezuela ha sido un país de egos conspicuos que creen que la historia no se mueve sin ellos. Una democracia como la que ha de construirse debe entender desde el principio que la iniciativa está en las fuerzas sociales y la tarea fundamental que debe hacer el liderazgo es orientar y encarnar esas tendencias. En 1958 Villalba aportó cuánto pudo a que se tomaran las orientaciones correctas. La comisión que redactó la constitución de 1961, presidida por el presidente del Senado Raúl Leoni y su vicepresidente el diputado Rafael Caldera, Presidente de la Cámara de Diputados fue una jornada excepcional de amplitud, patriotismo y visión del porvenir. En mi larga vida pública no conocí ni participé en experiencia parecida.

Jóvito Villalba tuvo grandes momentos en su carrera. Él era, como expresé al principio, un hombre multitud pero llevaba por dentro una carga eléctrica que no la he conocido en ningún otro latinoamericano. Por eso no tiene rival como el gran tribuno de América. Ni siquiera Jorge Eliécer Gaitán. Además de ser muy diferentes en su estilo, personalidad y atuendo y de ser Gaitán también un gran tribuno Villalba tenía algo que nunca se volvió a ver en otro orador, al menos hasta donde sé- Ese algo era el fulgor. En una plaza pública se lleva por delante todo lo que encuentra. La fuerza no la transmiten los parlantes y los equipos de sonido. Es un fluido más penetrante y subterráneo que parece que no viniera del ser humano que está hablando sino del fondo plutónico del subsuelo, del fondo volcánico del planeta.

Esto es lo que da sacralidad especial a la palabra de Jóvito Villalba.

Por eso 1936 se encarna en él sin por eso menguar los méritos de los otros protagonistas. También por eso en 1952, cuando hubo que convencer al pueblo, a que fuera a votar en contra del abstencionismo propuesto por el primer partido del país, la gente acudió a votar. El triunfo fue arrollador. Pero el militarismo, la fuerza más influyente de la historia de Venezuela, lo impidió. Los batallones sobre

los votos, en Venezuela como en Myanmar o en Zimbabwe en estos primeros años del siglo XXI.

Cuando se menciona a Villalba el 36 o el 52 es porque estamos hablando de él en este homenaje a cien años de su nacimiento. Este es un discurso sobre un hombre y no un análisis de acontecimientos.

Pero en el orador fulgurante y en el político activo hubo también un hombre de pensamiento. En los cinco años de prisión en el Castillo pudo leer. Contra lo que se podría suponer allí tuvo tiempo para leer. Es imaginable que existían muchas limitaciones. Villalba interrumpió sus estudios de Derecho cuando fue encarcelado. Sorprendente obra de la voluntad que conmovió al país fue cuando los retomó en la Universidad Central, muerto Juan Vicente Gómez. Se graduó con notas sobresalientes en todas las materias en 1943. En el castillo se concentró en el Derecho Político, como se llamaba en España y en algunos países esa materia cada vez más técnica que es el Derecho Constitucional. Logró en el Castillo reflexionar y pensar sobre estos temas. Pero además obtuvo a través de Trinidad obras en inglés. No hay que olvidar que Margarita, la tierra de Villalba, es muy próxima a la isla inglesa. Por eso desde muy joven se le facilitó el inglés y lo pronunciaba con excelente acento. Para eso se le prestaba la entonación de la voz. No lo sé con exactitud. Pero en algún momento, dentro o fuera del Castillo, cuando fue puesto en libertad antes de la muerte de Gómez, tuvo acceso al pensamiento del tal vez más vigoroso pensador político inglés de su tiempo: Harold J. Laski, director de la LSE (London School of Economics). Villalba fue quien por primera vez puso en mis manos un libro de Laski. Recuerdo que me lo acompañó con un consejo: "sumérgete en Laski". Cuando me gradué los había leído casi todos, entre ellos las "Reflexiones sobre la Revolución de Nuestro Tiempo", testimonio viviente de los años treinta. Pero el libro laskiano de más difusión universitaria era El Estado Moderno, cuyo título en inglés era "Grammar of Politics". Libro difícil que fue leído en España por la traducción de la Editorial

Bosh de Barcelona. La circulación se interrumpió por la guerra civil y el oscurantismo franquista. Pero ahí leímos y ahí aprendimos.

No puedo dejar de hablar de Jóvito Villalba, el Profesor de Derecho Constitucional. Fue mi curso, el que hacía el primer año de derecho en 1944, el que postuló a Jóvito como Profesor de la materia y el que obtuvo su nombramiento. Durante ese tiempo no estaba tan activo en la política. Era Senador pero había instalado su escritorio en la esquina de San Francisco, del que fui pasante y contertuliano y vivía a dos cuadras en la esquina de Traposos. Mis pasos como estudiante se movían en ese perímetro, la Universidad Central, aquí mismo, donde estamos y el edificio de Traposos sede del Hotel Pennsylvania, referencia histórica de la ciudad de Caracas, el cual está en pié porque es monumento nacional. Allí habitaban algunas personalidades notables de la época, entre ellos Jóvito, y en la parte de precios más moderadas del hotel, algunos estudiantes de diversas partes del país. Comencé a entender a Venezuela en aquel ambiente. Ahí conocí y me hice amigo suyo hasta su muerte, a nuestro gran escritor Julio Garmendia

Pues bien. Nos movíamos en el corazón de la ciudad. Y para la tertulia sabrosa, liviana, nos esperaba otra cuadra más allá, la Plaza Bolívar.

Durante el tiempo en que disfrutamos de la enseñanza del Profesor Villalba, tuvimos a un expositor brillante, con conocimiento profundo de la materia. Estaba removiendo el anticuado contenido que hasta ese momento se trasmitía, que mostraba como inmóviles las nociones europeas anteriores a la Primera Guerra Mundial. Era una enseñanza casuística, aburrida, sin referencia a la esencia política del Estado. En el fondo la presencia de Jóvito Villalba incomodaba a un pequeño y poco representativo sector del profesorado y a algunos estudiantes que pensaron que el que hablaba en la cátedra era el tribuno y no alguien que se esmeraba en mantener su corte de profesor y de maestro. Me

correspondió ser más tarde su ayudante de cátedra, hasta que me gradué, primer escalafón de mi carrera de profesor titular.

Ese conservatismo residual de la sociedad venezolana, que tanto daño hizo después con ocasión del derrocamiento de Rómulo Gallegos, en el siglo XXI se expresa de otra manera pero es a veces tan incomprensivo de los cambios del mundo como el de un tiempo arqueológico más lejano.

Hay un asunto que deseo abordar con la franqueza y seriedad. Es ingrato, escabroso, generalmente tratado con ligereza e injusticia. Me refiero a Jovito Villalba el derrotado, el fracasado, porque no pudo ser presidente de la República. Como si el problema no fuera más bien el de los que no han debido ser y fueron y el de los que aspiraron sin merecerlo o el de los que llegaron por azar y por desgracia.

El sistema iniciado el 23 de enero de 1958 en parte colapsó porque el predominio de los egos conspicuos fue más fuerte que la escasa institucionalización de los partidos y porque la democracia que se inicia en 1958 se interesa más por el partido que por el Estado y sustituye al ciudadano por el compañero de partido. Si el ciudadano no existe no hay república. Lo que pasó en Venezuela más que una crisis de la democracia es una crisis de república.

No puede decirse que fue un fracasado un hombre que encarnó momentos estelares de la democracia y de la renovación del país. Su presencia en la política duró más que su poder hasta ser obligado al retiro por la enfermedad más que por la vejez.

Siempre hubo tendencia a hacer un constante ejercicio plutarquiano entre Villalba y Betancourt. La generación de 1928, formada por venezolanos casi todos ellos nacidos en 1908, es una de las más esclarecidas que ha tenido este país.

En ella hay representantes de las letras, de las artes, del pensamiento y de la política. Este año se los recuerda a todos. Sus méritos son sobresalientes. La modernización de Venezuela hubiese sido imposible sin ellos. No solo en la política. La salud pública no hubiese podido enfrentarse en términos eficaces a los retos actuales, sin el concurso de hombres como Baldó, Pastor Oropeza, Gabaldón, Martín Vegas, Félix Pifano, no todos con el mismo año de nacimiento, pero si con el mismo impulso constructivo.

Jóvito participó en todas las jornadas importantes para la consolidación de la democracia que se inicia en 1958. Es firmante del Pacto de Punto Fijo, el eje estabilizador del proceso político, el cual con todos sus defectos, fue eso: un eje estabilizador. Es cofundador con Betancourt y Caldera de un ambiente de diálogo y conciliación nacional.

La rivalidad entre Betancourt y Villalba es en primero término una peripecia generacional. Amigos entrañables en su juventud, el gomecismo los divide y Betancourt va al exilio en Costa Rica y Colombia y Villalba al Castillo Libertador durante cinco años. Esto marcó una diferencia. Betancourt tuvo más oportunidad para ver como funcionaban los partidos y la política en las vecindades de Venezuela y obviamente dispuso de más información.

La diferencia esencial es que Betancourt se dedica desde 1932 a fundar un partido y a deslindarse del Partido Comunista. Pone unas ideas en limpio en el Manifiesto de Barranquilla en 1932, que fueron publicados por el Gobierno en 1938 en un Libro Rojo, destinado a difundir el perfil comunista de los nuevos líderes cuando los papeles incluidos demostraban precisamente lo contrario. Todo olía a comunismo en aquella época. Las élites conservadoras, rurales e ignorantes, no entendía ni sabían ni querían saber y entender nada sobre la materia. Se limitaban a repetir lo que oían en algunos púlpitos de algunos curas falangistas que hacían campaña permanente contra la República española.

Cuando muere Gómez Villalba tiene más popularidad que Betancourt, pero Betancourt tiene más partido que Villalba. Aquí empezó la diferencia. No se pudieron unir para formar una gran sumatoria social demócrata que le hubiese ahorrado muchas penas y peripecias a la democracia y que hubiese tal vez impedido el retorno del partido más grande de toda la historia de Venezuela: el partido autoritario y militar.

Villalba se muere sin haber sido Presidente y Betancourt termina entristecido viendo y denunciando en abril de 1977, en un discurso en el Teatro Municipal, la corrupción de un gobierno de su propio partido. En la denuncia contra la corrupción, en el caso del Sierra Nevada, por ejemplo, Betancourt, estuvo a la cabeza del descontento.

Villalba y Betancourt mueren decepcionados. Al final de la vida vuelven a coincidir, no en la visión del porvenir sino en la decepción de lo vivido. El proceso democrático que ellos tanto impulsaron colapsaría más adelante bajo el impacto de una sorpresa histórica: el fascismo de izquierda, una novedad del siglo XXI proyectada desde el siglo XX.

Conviene mencionar en esta lucha de la generación de 1928 contra la corrupción que se trataba de una controversia sobre los valores. Betancourt y Villalba eran hombres probos y querían una Venezuela decente. La probidad, la lucha contra los vicios viejos y nuevos de la administración del Estado y la necesidad de virtudes públicas. Esa fue prédica y práctica y es un concepto que no figura en el léxico del fascismo de izquierda.

La democracia es un sistema de valores. Para que haya democracia tiene que haber república y antes que crisis de la democracia lo que hemos tenido es una crisis de República.

Jóvito siempre estuvo asociado e identificado con los valores civiles. La república es civil o no es república.

Lo que hay por reconstruir son las referencias de una república: el respeto a la ley, la obediencia a las pautas de la convivencia, la confianza en el Estado de Derecho. Sin estas referencias previas no puede haber democracia política.

No basta con un calendario de elecciones. Es importante que los títulos del ciudadano estén por encima de todos los otros. Venezuela es una república sin ciudadanos.

Pero volvamos a insistir: sin referencias éticas no hay república. Y de eso padecemos y por esa misma causa entró en crisis el proceso democrático iniciado en 1958.

Está por construirse, en la sociedad del siglo XXI, un ambiente de mayor participación y justicia. El mercado no tiene todas las respuestas. Hoy vemos, con la crisis económica mundial como el Estado norteamericano interviene en decisiones fundamentales sin cuyo concurso la economía privada no podrá enfrentar las dificultades.

Por eso, por salud de la sociedad y de la economía, dependen de que las instituciones funcionen y de que exista un nivel ético suficiente para que los valores de la sociedad democrática puedan sustentarse.

A la cabeza de esa reactualización de los valores está la lucha por el aire limpio y por el derecho a vivir lejos de la contaminación y la basura.

El ciudadano, no el partido, no la revolución, es el centro del orden político.

Estamos a dos años del bicentenario de la Emancipación de las repúblicas hispanoamericanas. En esa jornada hay una larga y pesada frustración. Por eso es importante organizar el olvido. ¿Cuanta y cuál historia vamos a aceptar y asimilar? ¿Quien pesa más en la historia de América, la resistencia indígena o tener como instrumento de comunicación mundial la lengua de Miguel de Cervantes?

El gran valor de nuestra América es el idioma y nuestro patrimonio político se acumula en la cultura republicana.

La democracia no puede vivir sin la política. Tampoco el crecimiento económico. Todo esto encarna en las instituciones, sin las cuales no puede haber democracia. El respeto a la Ley, el estado de derecho y la libertad, las referencias cumbres del siglo XVIII, son también los pilares conceptuales de la globalización-

En el curso del siglo XX, al final de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, se produjo en Venezuela un hecho de impaciencia histórica que trajo de nuevo los militares al poder. Es un acontecimiento que tenemos que superar en términos de examen de conciencia. Se obtuvo el sufragio universal y otros avances que de todos modos hubiesen venido. Pero el golpe del 18 de octubre al sobrevenir la dictadura y hacer imposible el gobierno democrático y conciliador de Rómulo Gallegos fue en ese claro sentido un retroceso. Es una lección para frenar la impaciencia y para saber que las instituciones democráticas no se aceleran tomando los atajos sino los claros caminos reales de la conciencia civil. Para fortalecer la democracia hay que despertar la sociedad, incorporar a la gente. Eso la hace imbatible.

Es verdad que los jóvenes de entonces nos animamos con el atajo, con la vía rápida, pero el precio fue la dictadura y la reincorporación de los militares a la política. Ese fue el costo del camino corto. Hoy sabemos que quien tuvo razón el

18 de octubre de 1945 fue Jóvito y nos equivocamos quienes por juventud o inexperiencia todos los que soñamos entonces con resucitar a Robespierre. De una manera se construyen instituciones, de las otras impresiones pasajeras.

Y por eso es importante lo que estamos viviendo. Es la sociedad venezolana con su variedad, sus contradicciones, su inestabilidad emocional fundada sobre la falta de instituciones fuertes la que está abriendo el camino. No hay cerrojos ni conciliábulo que no esté expuesto al viento. Lo perdurable será lo que cose y descose la sociedad. Esto abrirá el horizonte a nuevas formas de descentralización y pondrá freno al autoritarismo.

Jóvito en 1936, en 1945, en 1952, en 1958 predicó la unidad nacional y convocó a la reconciliación.

Ahora tendría más razón que nunca en una sociedad ávida de paz, de convivencia, de dialogo republicano.

La generación de 1928 nos dejó entre sus activos culturales un acervo ético: la probidad. Es un valor que viene desde 1810 pero se reactualiza a veces de una generación a otra y retoma su aire fresco.

Venezuela está en trance de de refrescar sus fuentes éticas para darle aire a la Republica. Porque la política sino tiene un alto contenido ético no es más que artesanía.

Jóvito Villalba vivió la política con alto vuelo ético y por eso está hoy aquí con nosotros.

Porque habrá que pensar en una república de ciudadanos, no en un inventario de comité. Una sociedad de alto vuelo, donde la descentralización y la

animación local lleven más arriba la sustancia del animal político que es obtener un fin común.

La nación venezolana en un proceso de combustión interna admirable por su originalidad, sacrificio y valor moral busca su camino que ojala haga posible la construcción de una comunidad, de una sociedad, de una república que es mucho más que una democracia.

Por eso ahora el camino no es el atajo sino el más difícil. Dejar que la sociedad haga su trabajo y que el producto sea la estabilidad política.

¿No es verdad Maestro Villalba?

Caracas, 30 de julio de 2008